

IMPRESIONES
DE
UNA VISITA Á COCA

• POR
MIGUEL DE ASÚA



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
Calle de las Pozas, 12

1906

Impresiones de una visita á Coca

IMPRESIONES
DE
UNA VISITA Á COCA

POR
MIGUEL DE ASÚA Y CAMPOS

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Licenciado en Ciencias Naturales



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

Calle de las Pozas, 12

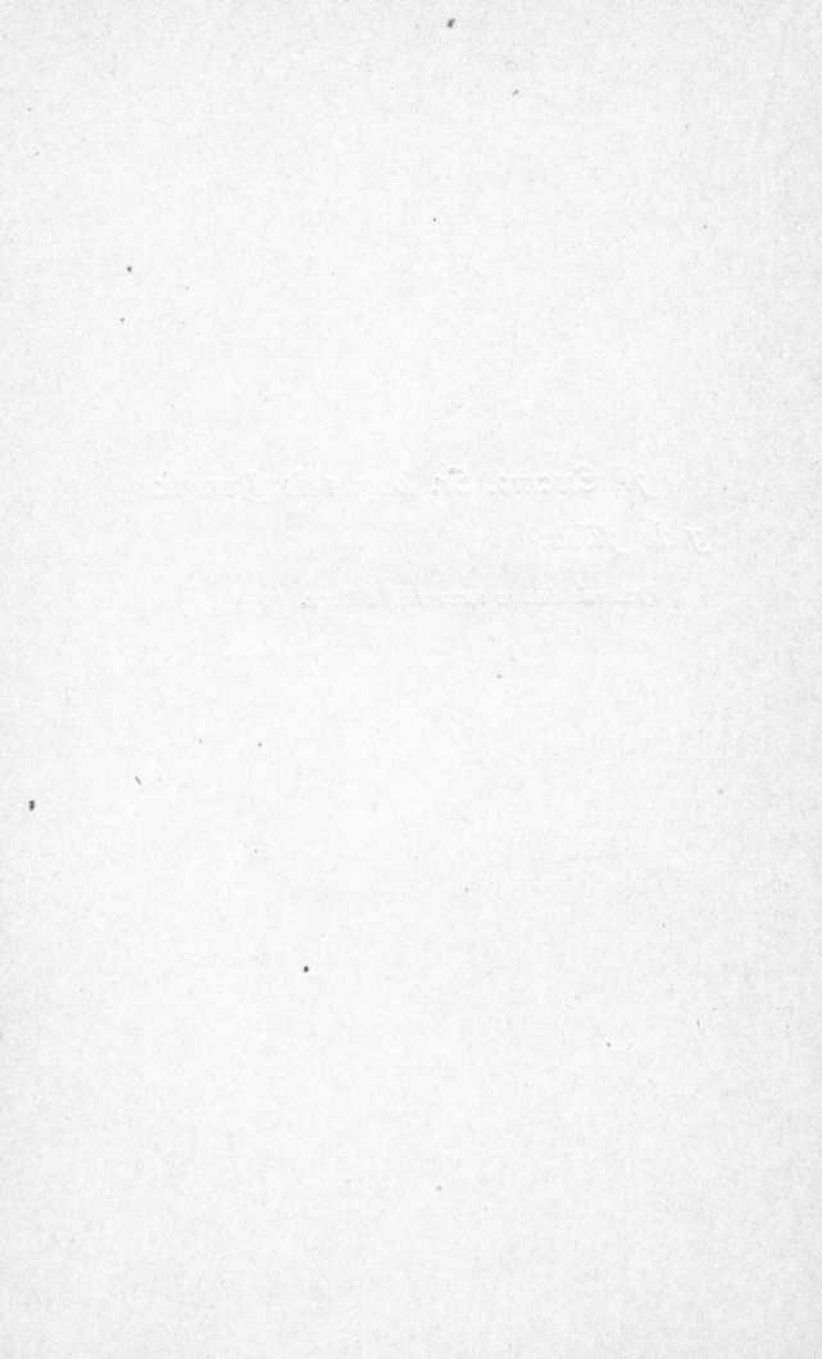
1906

R. 186505

*Al Excmo. Sr. Duque de Berwik
y de Alba.*

Recuerdo de una excursión á Coca,

M. DE ASÚA.



El viaje.



I

El viaje.

CN un buen automóvil, lanzado á todo el correr de su poderosa maquinaria por la cuidada carretera que arranca en Madrid del derruido portón de San Vicente, salimos del palacio de Liria una mañana no muy calurosa, del pasado Julio, el duque de Alba, cuya mano experta dirigía el vehículo; el marqués de Nájera, insustituible compañero, y el que estas líneas emborrona para que queden como recuerdo de la interesante visita á la en otros tiempos famosa ciudad de Coca, hoy insignificante villorrio que, á no mostrar los esplendorosos restos de su adornado castillo, difícilmente se la creyera, por su

sola palabra, capaz de haber motivado la brillante historia que, envolviéndola en gloriosísimos timbres, comienza allá en los nebulosos tiempos de enconadas y terribles luchas entre los pueblos todos de la Celtiberia.

Con rumbo á Segovia cruzamos la Puerta de Hierro, subimos la Cuesta de las Perdices, y dejando á la izquierda, en el kilómetro 10, el camino que conduce á Aravaca, dimos en Las Rozas, donde, en lugar de seguir por Torrelodones y Villalba á Guadarrama—que es la carretera más corta y más seguida—, tomamos á la izquierda la que por Galapagar termina en la histórica villa de San Lorenzo del Escorial, donde fué á buscar su fundador insigne, reposo á sus continuas dolencias, tranquilidad para su trabajado espíritu y descanso á las fatigas de un gobierno azaroso y complicado.

No era la elección caprichosa, ni se prefería sin razón el camino más largo, no. Buscábase la carretera menos frecuentada para poder correr más libremente, y porque estando por esa misma

causa en mejor estado de conservación ofrecía también mayores comodidades; ¡que unos cuantos kilómetros de aumento poco significan, yendo en una *máquina* que puede recorrer 50, 80 ó más en una hora!

De Galapagar, por donde pasamos al poco rato de nuestra salida, poco se sabe, á no ser aquel dicho de un su alcalde, que por los tiempos de la fundación del Monasterio de San Lorenzo, al ser preguntada su opinión por el juez de bosques, contestó: «Asentad que tengo noventa años; que he sido veinte veces alcalde y otras tantas regidor, y que el rey hará ahí un nido de oruga que se comerá toda esta tierra.»

El Escorial, que está á siete leguas de Madrid, supongo que habrá sido visitado por ti, lector, y que habrás sentido análogos entusiasmos que el poeta italiano, que le calificó de octava maravilla en aquellos conocidos versos:

«..... chiunque verso lei volta le ciglia
dice, che i fondatori ebber concetti
di fabricar l'ottava maraviglia.»

Y como te supongo enterado de la historia y razones por qué fué fundado el Monasterio, y me figuro que habrás visto los sepulcros de los reyes de España que en él reposan desde Carlos V acá, pero quizás no sepas, y por si eso ocurre y eres curioso te lo digo, que las llaves de las puertas pesan 72 arrobas, y que tiene el edificio 63 fuentes corrientes y 13 sin correr; 51 campanas y más de 10.000 puertas y ventanas..., que trabajaron en adornos y pinturas Carducho, Cincinato, Jordán y Pelegrini; y que los cuadros que cubren sus paredes son del Tiziano, Rafael, Wandick y Tintoreto, Pablo Veronés, Rubens, Velázquez, Murillo, Coello, Ribera..... ¿Te basta?..... Pues vámonos por la carretera de Torrelaguna á buscar el pueblo de Guadarrama, y dejemos reposando sus grandezas en la pelada falda del monte Peguerino al suntuoso y severo Monasterio de San Lorenzo el Real de la Victoria.

Escasos minutos tardamos en llegar á Guadarrama. Del mismo pueblo puede decirse que arranca la subida del puerto

á que da nombre, y apenas comenzada
«empezamos á descubrir inmensas llanu-
»ras que aumentaban y aumentaban, á
»medida que avanzábamos por aquellas
»vertientes cubiertas de monte alto y
»bajo, jarales y maleza, robles y fresnos.
»Hacia la mitad de la subida hay un tú-
»nel, á la izquierda del camino, que per-
»mite pasar á pie la sierra y sale á Bu-
»dillo, pueblo de la provincia de Segovia,
»y á esa misma altura, se hallan ten-
»didos los rieles del ferrocarril al Escorial.
»Más arriba está la venta de Calvo,
»la casa del peón caminero, y aún más
»arriba, después de ocho kilómetros de
»cuesta, á 1.778 metros, precisamente á
»la izquierda del camino, desde donde
»se abarca extensísimo horizonte y pin-
»toresco paisaje, algo parecido á gra-
»nítico león que sujeta con su garra
»dos globos, descansa sobre pedestal de
»dos cuerpos, leyéndose en borrosa lá-
»pida situada en la parte superior de la
»basamenta lo que sigue:

»*Ferdinandus VI. — pater patrie —*
»*viam utriusque castelle — superatis monti-*

»*bus fecit—an salutis M.D. C.C. XLIX.*
»*regni sui IV*» (1).

Allí, de época no tan lejana como el león, aunque quizás cercana, vimos una viejecita que alarga á cuantos llegan un libro de apuntaciones, donde el que quiere hace constar su nombre y el rumbo que lleva; también puede en ese alto proveerse de agua el que la necesite.

La vertiente opuesta—ya de la provincia de Segovia—está cubierta de pinos y robles, y por entre ellos serpentea la carretera que sigue con dirección al Norte; por ella continuamos hasta llegar á la venta de San Rafael, en que nos metimos por la que nace de la de Galicia—en el kilómetro 63 de Madrid—, frente á una casa de regular aspecto, con balcón de piedra de aparatosa hechura.

A poco, dejamos á la izquierda á Oteros y La Losa, que no ofrecen curiosidad alguna que detenga al viajero ni al *tourista*, y más adelante, y también á la izquierda, llamará tu atención el hermoso

(1) *Por carretera (Apuntes de viaje):* M. de Asúa.

palacio de Riofrío, rodeado de verde maleza, mandado edificar por la reina doña Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V— que no llegó á disfrutarle—, y que por estar construído con bastante gusto y hallarse situado en lo alto de una meseta, rodeada de extensísimos bosques, ofrécese á la vista como morada digna de nuestros reyes. Hoy es sonado caza-dero en el que S. A. la infanta doña Isabel suele dar algunas batidas durante su estancia en el Palacio de La Granja, no dejando de acudir alguna vez también á satisfacer su favorita afición, nuestro joven monarca D. Alfonso, ya acompañado de las personas de su séquito y otros invitados, bien acompañando á los soberanos de otras poderosas naciones en sus amistosas visitas á esta vieja y desmembrada España, que bajo la dirección de su animoso rey resurgirá del ocaso á que la condujeron sus muchos años de cruentas luchas, sus arriesgadas conquistas, la mala gobernación de aquellos ministros absolutos y el propio peso de su historia brillantísima.

Entre el kilómetro 15, viniendo de Segovia, y 77 de Madrid, álzase á la izquierda del camino una torre ruinosa que luce en lo más alto un nido de cigüeñas. Apoyada una de éstas en la almena, fijaba su penetrante mirada en la nube de polvo que iba formando á su paso el automóvil. Dos ó tres veces agitó las alas; mas viéndose segura en aquel alto, no volvió á hacer el más leve movimiento para alejarse.

Aquel torreón aislado, construído de hermosa piedra sillería, merced á la cual y á su buena armazón y resistentes estribos ha soportado sin vacilaciones el peso demoledor de algunas centurias, llena, á su primér aspecto, la imaginación de recuerdos de otros tiempos, y pide una leyenda que le anime; pero fijándose en su fábrica con algún detenimiento, nó-tase que más parece esa construcción á medias derrumbada, la torre de alguna antigua iglesia derruída.

Después de dejar á Ontoria empiezan á verse las torres de Segovia, y al pasar por ella y aun cuando el tiempo que pue-

das detenerte sea escaso, no dejes de dar un vistazo á la *Catedral*, templo gótico de principios del siglo décimosexto, el último de su estilo edificado en España, y en cuyo altar del trascoro se guardan en arca de plata los huesos del patrón de la ciudad: San Frutos.

Visita el *Monasterio del Parral* y el *Santuario de la Fuencisla*, al pie de Peña Grajera, por donde fué precipitada al abismo aquella judía, que llegando sana y salva al fondo (¡por haberse encomendado á la Virgen!) fué conocida por Mari-Salto, y en recuerdo de cuyo hecho se edificó el Santuario.

Contempla el *Acueducto*, obra maravillosa, edificada por Trajano allá por el año 90 ó 100 de nuestra Era, y cuya leyenda mezcla el deseo de la cándida sobrina de un buen cura, que prefirió entregar su alma al diablo á tener que ir por agua á una fuente lejana; de la aceptación del rey de los infiernos y su promesa de hacer en aquella noche el Acueducto antes que el sol se asomara al horizonte, y de que sabedor del pacto el astuto

sacerdote, hiciera que equivocando el constructor la hora le faltase una piedra para terminar la obra al despuntar el alba, salvando así de la condena á su sobrina... La falta de esa piedra que persiste fué la causa principal de la leyenda.

Y por último, no te marches sin ver el *Convento de Santo Domingo el Real*, la *Antigua Casa de la Moneda* y la *Puerta de San Andrés*, que son bien dignos de ocupar tu atención breves momentos; y ya á la salida, por la parte occidental, camino de Santa María de Nieva, iijate en lo alto de unas recortadas peñas, á orillas del Eresma, en unos cuantos edificios de distintos estilos, mozárabes unos, greco-romanos otros, que rodean el gótico torreón central y forman el decantado Alcázar segoviano, comenzado por Alfonso VI en 1075, y cuyo aspecto, con su levadizo puente, su profundo foso y numerosas torres, sorprende y cautiva atrayendo tus miradas, viéndole empinado sobre los altos y quebrados peñascos en que se asienta. Hoy sirve

de Archivo militar y antes de Colegio de Artillería.

Más adelante, en el lugar conocido por *La aparecida*, al cruzar la vía férrea y casi junto á la cadena que interrumpe, á las veces, el paso de la carretera y á orillas de la misma, una sencilla cruz recuerda aquel terrible suceso acaecido á una familia madrileña que volvía de Segovia en su carruaje de campo.

Era ya de noche, y los cuatro briosos caballos que arrastraban el coche hallábanse sobre los rieles, detenidos por la cerrada barrera del paso de nivel. Esperaban impacientes los viajeros que la abrieran, como por descuido lo estaba la barrera opuesta, cuando llegó el tren expreso que salía de Segovia, á ese desde entonces fúnebre lugar.

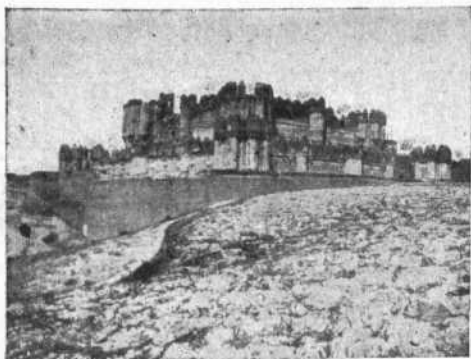
El choque fué espantoso; los caballos quedaron muertos y destrozados; la máquina se alejó rugiendo y silbando sin que quizá sus conductores se enteraran del horrible suceso, y allá, donde se alza la humilde cruz, á orilla del camino, fueron á estrellarse los restos del caballe-

ro, que momentos antes conducía el carruaje.....

Santa María de Nieva, adonde llegas en breve, es uno de los pueblos más importantes de la provincia. Atravesado por la carretera que linda con su iglesia parroquial gótica, construída en el siglo xv, con su hermosa puerta de cinco arcos ojivales, llenos de labores, figuras y de follaje—en una de cuyas capillas descansó el cadáver, aunque por breve tiempo, de doña Blanca de Navarra, muerta en esa ciudad en 1441—, con su agradable claustro y su bien tallado retablo, ha perdido la importancia de que gozó durante la Edad Media.

Cruzada poco después la vía férrea y un río de escasísimo cauce, comienzas á ver la villa de Coca, que se muestra al final de una alameda de elevados álamos que las aguas del Eresma y Voltoya fecundan y alozanan, destacándose á la izquierda con toda su primitiva belleza la regia mansión de los señores de aquella, en otros tiempos, floreciente villa.

Coca.



Vista del castillo.



II

Coca.

Un poco de su historia.—Los Fonseca.

Sí, aquella mole de la izquierda es el castillo, y aquel pedazo de murallón de cal y canto que arranca de su costado Sur, claramente se ve, al aproximarse, que se continuaba con el alto lienzo abierto en amplio arco ojival que debió construirse el siglo xv y da frente al camino de Segovia.

Por el arco de piedra y de ladrillo que se titula Puerta de la Villa, se entraba, y aún se entra, en la de Coca, y sobre ella se alza enhiesta una arquería, que debió corresponder á fortaleza en sus primeros tiempos, á hospital después y ahora á cárcel.

Siguiendo por cualquiera de las calles que arrancan de un ensanche que existe al otro lado del citado arco, vas á dar á una plaza, donde se alza la iglesia parroquial, y mientras llegas, te voy á recordar—que no te estorba—algo de la brillante historia de ese modesto y olvidado pueblo, cuyos principios fueron tan remotos, que en los confusos y lejanos tiempos de pependencias y luchas cotidianas entre los vaceos y los arevacos, sonaba *Cauca* ya con fama bien ganada de valiente, decidida y poderosa.

Así resulta que en Coca por doquiera se ven restos, no ya de esa época remota en que se hallaban suavizadas las primitivas costumbres, sino de otra aún anterior que se señala por la existencia de tribus nómadas, trashumantes, que acamparían en ese pintoresco cerro á orillas del Eresma y el Voltaya, en sus continuas excursiones, huyendo de otros pueblos más numerosos ó más fuertes, ó tal vez en busca de mejores y más abundantes pastos para sus ganados.

Quedan todavía en Coca preciados res-

tos de esos tiempos celtíberos en piedras curiosísimas, que llevan burdamente grabados toscos animales, de los que constituían su única riqueza, y eran tenidos á las veces como milagrosos y adorados ídolos.

Invadieron más tarde la Península ibérica dos pueblos fuertes y rivales, ansiosos de extender su territorio; era el uno cartaginés, romano el otro, y de sus terribles encuentros en Italia, en España y aun en Africa, quedaron los romanos vencedores. Marcháronse los africanos á Cartago, donde ocultaron su rabia y su vergüenza, y aquí dejaron los primeros á sus cónsules, indignos los más de ostentar la representación augusta del grande imperio que al mundo dominaba.

Asentada Coca en tierra de vaceos, se contemplaba libre y floreciente cuando fué sitiada por Lucinio Lúculo, que desleal, traidor y sin entrañas faltó á sus compromisos y degolló hasta veinte mil de sus habitantes.

Fué restaurada luego por Scipión Emiliano; pero traicionada nuevamente por Pompeyo, tardó bastante tiempo en

reponerse. Más tarde repobláronla los árabes; la conquistó después Alfonso VI, y la citan las crónicas de entonces, tanto por sus milicias aguerridas, como por su importancia en toda la comarca (I).

De ambas dominaciones, la romana y la arábica, guárdanse incontrastables documentos en las tierras de Coca; pues de continuo al hacer excavaciones en las afueras de la villa ó en los patios ó corrales de las viviendas, por poco que se profundice encuéntranse monedas y barras romanas en abundancia sorprendente, y fibulas, ponderales y urnas cinerarias primitivas..... En algunas de las casas de Coca, y no de las más ricas é importantes, véanse aún con profusión extraordinaria azulejos policromos, como los que adornan y se admiran en el Alcázar de Sevilla, y otros en relieve, con reflejos de nácar y entrelazados de caprichosos dibujos, cuyo secreto pertene-

(I) Fueron muy señaladas las luchas en que intervino la fuerza del Concejo de Coca, siendo nombradísimas en la toma de Algeciras, que en 1344 llevó gloriosamente á cabo Alfonso XI.

cia sólo á mahometanos artífices; ajimeces, llenos todavía de arabescos, alicatados, de esmaltes y filigrana, que afirman sin dar lugar á la más pequeña duda, la presencia de los artistas mudéjares en este lugar por donde pasaron casi todos los pueblos que vinieron á España, atraídos por la riqueza de su suelo, la fama de sus sabrosos vinos (de que habla Cervantes en su *Licenciado Vidriera*), lo estratégico de su posición y la importancia en aquellos tiempos de un pueblo que á lo más cuenta hoy con 400 vecinos.

Según las opiniones más extendidas, el rey Enrique IV, deseoso de premiar los servicios del ilustre obispo Fonseca, cedióle esa importante villa con otros lugares próximos, sobre todo lo cual fundó el prelado un mayorazgo, que se llamó de Coca y de Alaejos (1); pero

(1) Según dice Salazar en su notable *Historia de la casa de Lara* (tomo I, pág. 516), en 1448 cedió el Rey en Valladolid á su bien amado D. Iñigo López de Mendoza, su padrino, vasallo, marqués de Santillana, conde del Real y de su Consejo, Señor de las casas de Mendoza y de la Vega y de las villas de

papeles del Archivo de Simancas, apenas comenzados á desempolvar, confirman la posesión del marqués de Santillana sobre ese mayorazgo por cesión que le hizo en 1448 el rey D. Juan II. También hacen constar esos papeles que allá en Andalucía y ante los muros de una plaza fuerte hubo un cambio entre ese mayorazgo y el no menos importante de Saldaña, que entonces pertenecía á los Fonseca y se vino á ratificar en Tordesillas, siendo firmado el trueque en Escalona por el mismo monarca Juan II (1). Un año antes, juraron fidelidad á Fonseca los de Coca, como antes se la guardaban al ilustre marqués de Santillana.

Todos los genealogistas se ocupan de la casa de Fonseca, y especialmente

Hita, Buitrago, Coca y Potes..... todos los derechos de los valles, etc., etc.

(1) Sobre alguno de los paredones del ruinoso castillo de Saldaña, lucen todavía las cinco estrellas de Fonseca. Algunos escritores apreciables, desconocedores de esa posesión en cabeza de esta familia, se han extraviado buscando el fundador de la fortaleza, por ese blason, que aun sigue señalando á este linaje.

Vázquez de Miranda, que ya cita señores de esa familia en la oncena centuria á que perteneció un Rodríguez de Fonseca, señor de Quintana de Fonseca y otros lugares importantes en el antiguo reino de Galicia. Un nieto de éste mandó edificar á sus expensas el secular convento de Mancellos, y otros ilustres descendientes de ese hidalgo linaje se distinguieron al lado de los reyes de León y Castilla en sus continuas luchas con los moros; perteneciendo también á esta familia los Fonseca que figuraron en el reino lusitano en tiempo de D. Sancho I y en la épica batalla del Salado.

Fué señor de los más prestigiosos de esa casa D. Alfonso III de Fonseca, arzobispo de Santiago y de Toledo, que sostuvo con el célebre Erasmo, precursor de Lutero, polémica notable que le acreditó de sabio y de elocuente; así como su constante protección á las Bellas Artes le valió el calificativo de «Médicis del Episcopado español». Autor además de una notable historia sobre linajes y fundador de los colegios de Santiago y

Salamanca, que dotó espléndidamente.

Según Neira de Mosquera, si era ilustre el linaje del prelado por su padre Fonseca, no lo era menos por el de su madre doña María de Ulloa, señora de Cambados, Monterrey y Vega, y de varios otros Estados lindantes con el reino lusitano.

Otros cronistas suponen que doña Beatriz Rodríguez de Fonseca, hija de don Pedro Rodríguez de Fonseca, capitán de la Guardia, aposentador y del Consejo del rey D. Juan I (cargo que le ganó su desinterés y acrisolada lealtad acompañando á doña Beatriz de Portugal, segunda mujer del rey de Castilla, cuyas banderas siguió siempre en contra del rey usurpador Maestre de Avís, perdiendo por esa causa todos los bienes que en el vecino reino poseía), casó con doña Juana Alonso de Ulloa, y que de este matrimonio nacieron: doña Beatriz — cuyo nombre le fué impuesto por su madrina la agradecida reina —, que casó con un don Pedro, nieto del rey D. Pedro I de Castilla é hijo del bastardo D. Diego, preso en el

castillo de Curiel hasta 1434, que pasó al de Coca (1); D. Alonso, que luego fué arzobispo de Sevilla, y á quien, según opinión que hasta la fecha se cree, el rey Enrique IV cedió las villas de Coca y Alaejos, y D. Hernando, que casó dos veces: con doña María de Avellaneda, de la que tuvo á D. Alonso, y en segundas nupcias con doña Teresa de Ayala, de la que hubo á D. Juan y á D. Antonio.

* * *

Pero á todo esto hemos llegado frente á la iglesia parroquial, único templo que queda ahora de los siete que al finalizar el siglo xv se sabe que tenía la entonces floreciente villa, y que se conserva merced á los arreglos y composturas que en ella dispusieron los Fonseca (si no es que la reedificaron toda), para que guardara sus restos á su muerte con parecida

(1) D. Modesto Lafuente dice en su *Historia de España* que estuvo preso en ese castillo cincuenta años en unión de su hermano D. Sancho, que murió antes de recobrar la libertad D. Pedro.

ostentación á la que disfrutaron durante su vida.

La plaza á que da la entrada de la iglesia, cuyas góticas labores y bien dispuesta crucería señalan á su construcción los finales ya del siglo décimoquinto, era antiguamente el cementerio. Considerada desde allí, por su parte exterior, no ofrece curiosidad alguna al visitante, y aun cuando la primera parte de la torre está acusando aquel estilo que nació del árabe, y que en España se llamó mudéjar, por haberse tapiado las ventanas para ofrecer más sólido soporte á la parte recientemente construída, perdió toda la gracia, que no dejaría de tener seguramente cuando todo ofreciera á la mirada el mismo estilo.

Antes de entrar en la iglesia, fijate en los clavos que salpican el macizo portón, y una vez dentro, al dirigir tu vista hacia lo alto, llamará tus miradas el brillante blasón de los Fonseca, que has de ver profusamente repetido en los ángulos de la crucería que sujeta la bóveda, destacándose del blanquecino fondo de esa

malhadada composición que cubrió tantos primores en toda España.

Empezando á recorrer la iglesia desde su fondo, verás que se abre á la izquierda, á la nave central, una capilla, que es la bautismal, donde se muestra una pila de piedra, tan llevada y traída de los años, que sólo á puros remiendos se conserva.

A su frente álzase un altar erigido á Santa Ana en los comienzos del siglo xvii por D. Antonio de Settien y Gómez, cuyo retrato pintado de buena mano y con inscripción fehaciente, luce en el retablo, del lado del Evangelio, y que á la par que dejó rentas para su sostenimiento, creó dotes para casar doncellas huérfanas.

A la derecha de la puerta hay una capilla digna de visitarse. Los blasones que luce en el altar señalan dos casas bien ilustres; el sol radiante de su propio color sobre el rojizo campo, es de Solís; los dos lobos andantes en preciado campo de oro, son de Ayala.

Y aquí vienen á mi memoria los cono-

cidos versos de Trasmiera titulados *El Triunfo Raimundino*, de que hablan todos los antiguos cronistas, y en que se describen las continuadas empeñadas luchas de los bandos que, bajo la advocación de Santo Thomé y de San Benito, sumieron en tristísimos días á Salamanca (1). Dice Trasmiera refiriéndose á los valerosos Suero y Juan de Solís:

«De Solís el noble Suero
Thomesino vinculado
un sol en sangre dorado
.....
Juan de Solís, ilustrado
del sol y de su grandeza,
en linaje y en nobleza
Thomesino mayorado.
Acrecentando su estado
es muy noble salmantino;
su nombre, casi divino,
que en Asturias ha ganado.»

(1) Doña María Rodríguez de Godoy, de las principales familias avecindadas en Salamanca, viuda del noble caballero Enrique de Sevilla, vió morir en un lance, originado en el juego de pelota, á dos de sus hijos. Vengóse del suceso, haciendo asesinar á los hermanos Manzano, que fueron los vencedores y matadores de sus hijos. Con cuyo motivo formáronse dos bandos, que tomaron los nombres de las parroquias

Cuéntase que el rey Pelayo dió en Covadonga á uno de los más esclarecidos hidalgos de sus vencedoras huestes, esas armas que representan el sol, y así lo dicen todos los genealogistas de ese nobilísimo solar, confirmándolo los siguientes versos, que vienen á ser el lema de su blasón.

«Vi de sangre el sol dorado
desechos todos sus rayos
en Asturias procreados,
donde dijo el rey loado
á sus varones—Pelayo—»

de Santo Thomé y San Benito, respectivamente, que estaban enclavados en los dos grandes distritos de la población á mediados del siglo xv. Todos los linajes se fueron adhiriendo á una ú otra parcialidad, tomando parte en la lucha todos los caballeros, que fueron adoptando los nombres de las restantes parroquias de la población.

Transformáronse más tarde en políticos esos bandos: unos, por D. Alvaro de Luna; otros, por los infantes de Aragón; peleando con posterioridad el llamado de Santo Thomé por los derechos de la Beltraneja (la hija de Enrique IV y su segunda mujer Juana de Portugal), capitaneado por el duque de Arévalo, de la casa de Zúñiga; empuñando la bandera de la Reina Católica el de San Benito, bajo las órdenes del duque de Alba.

«Plega al Sol, con quien venís
»con el váis adonde ís...
»con sol fueron y vinieron
»puso nombre el rey: Solís.»

Y recuerdo también aquellos otros que se insertan en las obras de Alonso Guerra, cronista de Felipe II, referentes también al mismo linaje:

«El sol, como en las brasas encendido
en el escudo rojo, figurando,
las claras armas son del apellido
de Solís, de linaje muypreciado.

.....»

Esta capilla fundóla D. Pedro Fernández de Solís, natural de Coca y obispo que fué de Cádiz, uno de cuyos herederos entroncó con la casa de Ayala, descendiente de los señores de Vizcaya, añadiendo ese blasón al de Solís, como se ve en el que, cuartelado, campea también en el altar.

Esos dos lobos en campo de oro, que señalan á varias casas de las más nobles y antiguas de la *Montaña* y las Provincias bascas, que pusieron los lobos en sus

armas en recuerdo de aquellos que cruzaron ante el ejército vizcaíno el día de la batalla de Padura, ganada contra las huestes del infante Ordoño, y que conocida por de Piedras-Bermejas, por la mucha sangre allí derramada, llámósela después en vascuence Arrigorriaga, son las que distinguen, entre otros muchos, á los que vienen de Osorios y de Ayalas.

En el *Vergel de Nobles*, de *Gratia Dei*, señálase la casa de Ayala de la siguiente manera:

«Dos lobos negros gridados
vide en campo de Aragón,
con aspás de oro cercados
sobre sangre circundados
de un infante de Aragón.»

.....

Alúdese en el *Vergel de Nobles* á la real ascendencia de la casa de Ayala, unida á la de Solís, y ambas á la de Fonseca, por un D. Antonio de este linaje, casado con doña Mencía de Ayala. Unida también esta de Ayala á la de Infanzado y Oropesa, y muy especialmente á la de Alba, con la que si no hubiera tenido

ya parentesco por Fonseca tuviéralo por Osorno, según afirma Argote en el *Conde de Lucanor*, y otros cronistas. Aún puede verse en una iglesia de Badajoz, que levantó á sus expensas un Fonseca, el altar en que lucen unidas á sus armas las de Solís y las de Ayala, por haber casado su padre con doña Beatriz de Solís y de Ayala (1).

Pero salgamos de esa capilla, que no conserva ya el primitivo estilo que le dió su fundador, deudo de la casa de Fonseca, y que por el año 1478 pedía autorización al obispo de Segovia para alzarla dentro de esta iglesia de Santa María de Coca, y vamos al lugar en que reposan los famosos varones de esta señalada estirpe. Separado del resto de la iglesia por una labrada verja (2) perduran y per-

(1) En la Catedral de Palencia se ve repetido el blasón de Fonseca en las diversas obras que se ejecutaron á sus expensas, ya conteniendo sólo las cinco estrellas, ya cuartelando el escudo para que luzcan además los dos lobos negros, que es de Ayala.

(2) Entre el cura párroco de Coca y el capellán mayor y capellanes intitutados de los señores de

durarán por mucho tiempo los recuerdos de esta familia, tan poderosa durante el siglo xv, que pocas pudieron en España aventajarla.

En el altar mayor y en los extremos del crucero corto de la vetusta iglesia duermen el eterno reposo las más grandes figuras de esa familia ilustre, cuyas glorias fueron á acrecentar las de la casa de Alba, á la que vinieron á unirse por sucesiones directas (1), como se unieron

Fonseca, hubo larguísimo pleito sobre el derecho á las llaves de esa reja, que resolvió á favor del capellán, el conde de Ayala.

(1) D. Alonso de Fonseca, tercer señor de Coca y Alaejos, casó con doña María de Toledo, nieta de D. García Alvarez de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa doña María Enríquez (hermana de doña Juana Enríquez, madre del rey católico don Fernando), y hubieron por su primogénito á D. Juan de Fonseca, cuarto señor de las citadas villas.

D. Hernando de Toledo, tío de doña María, como hermano de su padre el segundo duque de Alba, tuvo por hija á doña Aldonza de Toledo, que, de su matrimonio con el referido D. Juan de Fonseca, hubo dos hijos: D. Francisco, que casó con su prima doña Leonor de Acevedo y Fonseca, condesa de Fuentes de Valdepero, y murió sin hijos; y doña María, que casó con su primo hermano D. Fernando de Toledo,

tantas otras linajudas estirpes, entre las que no puede por menos de citarse la de la Casa Real de Escocia y de Inglaterra, cuya directa descendencia ostentan en el ducado de Berwik, concedido por el último rey Estuardo de Inglaterra, el noble y desgraciado Jacobo VI, á su hijo queridoísimo, el heroico general de Luis XIV de Francia.

Atribúyese al obispo D. Juan de Fonseca la reedificación del templo y la erección de los hermosos sepulcros que le avaloran y embellecen, y nada más fácil de creerse recordando la gigantesca figura social, política y guerrera del prestigioso obispo, que en Palencia y Burgos alcanzó inequívoca fama de artista y virtuoso; así como su tacto en el sillón presidencial del Consejo de Indias, cuyas energías y empeños decidieron la segunda salida de Cristóbal Colón á las Antillas, según algunos; energías y consejos

cuyo hijo D. Francisco de Toledo, Fonseca y Ayala fué señor de Coca y conde de Ayala. Salazar: *Historia de la casa de Lara*.

de que supieron aprovecharse nuestros Católicos Reyes.

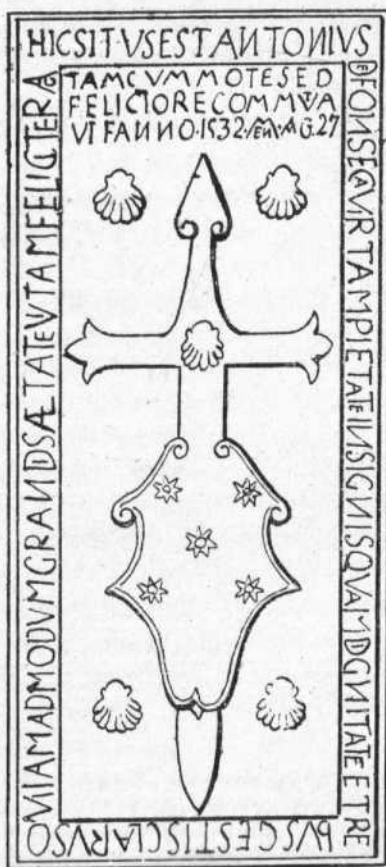
Así resulta la figura de D. Juan Rodríguez de Fonseca, una de las más grandes del Episcopado español, pareciendo como si á ese apellido ilustre hubiéranse querido vincular, hasta morir con él, las mitras más señaladas de España (Sevilla, Toledo, Burgos, Palencia, Santiago.....) para prestarle mayor relieve del que tuviera antes.

Dígalo si no su ilustre tío D. Alonso III de Fonseca, arzobispo de Santiago y de Toledo, á quien Escudero de la Peña calificó de Médicis del Episcopado español, y Neira de Mosquera de la más grande figura eclesiástica de España después de Cisneros, á pesar de los Carrillos y Alvarez de Toledo, Mendoza, Sandoval y Rojas....., y su otro tío, el hermano de su padre, llamado como el anterior, D. Alonso Rodríguez de Fonseca, arzobispo de Sevilla, cuyo único defecto consistió en aparecer siempre grande entre los más poderosos, y así se acreditó de valeroso, cuando en 1455 acompañó al

rey Enrique IV á ventilar sus disidencias con el rey moro de Granada; y de espléndido, tanto cuando tuvo presa á la infortunáda reina doña Juana, en su castillo de Alaejos, como en Madrid, donde hizo presentar, al terminar la comida con que obsequió al rey Enrique y á su esposa ricas alhajas en artísticas bandejas para que la reina y sus damas eligieran lo que fuese más de su agrado; ya mandando edificar el castillo, que aún hoy se admira en Coca, y el suntuoso palacio que ha desaparecido; presentándole además las crónicas de su tiempo como hombre de agudo ingenio y de sabiduría é ilustración poco comunes.

Ya conoces, lector, á algunos de los personajes, cuyos enterramientos vas á ver en breve; abre la verja, y en el lugar en que se cruzan los brazos de la iglesia párate delante de una losa, cuya inscripción dice así, bajo el escudo de Fonseca y la cruz de Santiago:

«Hic situs est Antonius de Fonseca
vir tam pietate insignis quam dignitate
et rebus gestis clarus quijam admodum



Lápida sepulcral de D. Antonio de Fonseca.—Señor de Co:ca.

grandis ætate vitam feliciter actam cum morte sed feliciore conmutavit anno 1532 mense aug. 27» (1).

Este D. Antonio, comendador mayor de Santiago, hijo de D. Hernando de Fonseca y hermano del obispo fundador de la iglesia, D. Juan, es el personaje del romance titulado *Un embajador español*, del duque de Rivas, en que se relata la aventura que hubo de ocurrirle con Carlos VIII de Francia en 1495, que no respetando el compromiso firmado en Barcelona de no entrar con sus tropas en Italia, se dirigía á esa nación al frente de su ejército. Fonseca lo alcanzó en el camino, en Velletri; trató de disuadirle, y no consiguiéndolo, rompió el tratado ante el mismo rey, cuyo insulto hubiérale costado caro á no salvarle su propio atrevimiento. Este hecho y otros varios que en la guerra de Portugal y Granada le ocu-

(1) Aquí yace Antonio de Fonseca, varón tan insigne en piedad como esclarecido en dignidad y en hechos, el cual, siendo ya de edad avanzada, acabó felizmente la vida, trocándola por otra más feliz, el día 27 de Agosto de 1532.

rrieron, sobre todo en esta última, en que se le atribuye la colocación del «Ave María» en la puerta de Elvira de aquella ciudad, le ganaron fama de valeroso. Once veces fué capitán general, y varias embajador, siendo él quien trató los casamientos del príncipe D. Juan con madama Margarita, y de doña Juana con D. Felipe; testamentario de la Reina Católica y Contador mayor del reino. A él se debe la conquista de la ciudad de Toro (que habían ocupado los portugueses), venciendo la indecisión de su primo Pedro de Fonseca, obispo de Avila, que mandaba las huestes, y de tal modo se portó en la toma de Ronda, que el rey le concedió la tenencia de aquella ciudad (1).

El odio que se suscitó contra D. Antonio de Fonseca cuando las Comuidades, pone de relieve hasta dónde llegaba la lealtad de este personaje á su rey y

(1) En Sevilla habían llegado á tomar tanta importancia las discusiones entre el duque de Medina Sidonia y el conde de Ureña, que el Cardenal Cisneros envió á Fonseca para que los apaciguara.

señor, y cómo sus terribles decisiones le hicieron considerar como uno de los hombres más valerosos de su tiempo. Hallábase los comuneros en Segovia, y Fonseca, que pertenecía como su hermano D. Juan al Consejo de Regencia, y tenía el cargo de Capitán general de los ejércitos españoles en ausencia del Emperador, se presenta en Medina pidiendo armas, hombres, lombardas y cañones para batirlos. El Municipio de esa rica y populosa ciudad acuerda cerrar sus puertas al enviado de Carlos V, que llegaba acompañado del alcalde Ronquillo y de sus huestes, y al punto caen sobre los muros de las casas alcancías de alquitrán que en poco tiempo, auxiliadas por el viento, incendian la parte más principal de la ciudad..... Todos los pueblos españoles, que sentían vivas simpatías por las Comunidades, alzan espantoso clamoreo de indignación contra Fonseca, le incendian sus casas de Valladolid y tiene que huir de España en compañía de su hermano el obispo D. Juan.

Dióse orden de que secuestraran el lu-

gar de Coca y se apoderaran de su castillo, que era de D. Antonio de Fonseca; pero requerido para ello Juan de Oliver, alcaide de la fortaleza y corregidor de la villa, contestó que no obedecía la orden ni la cumplía porque no venía firmada por la reina y el rey (1).

A propósito de esta huida de los Fonseca, existe una carta del condestable al emperador Carlos V, fechada en Briviesca en 1520 (29 de Octubre), por la que se ve que siempre estuvo en predicamento con el emperador:

«En lo que V. m.^t dice de Fonseca, despues que se fue de Arevalo no he sabido del mas, de quanto me dizen, que se fue a Portugal y con el alcalde Ronquillo y que alli se embarcaron—para V. m.^t esto es lo mas que he sauido, si estuviera en los reynos, no le aconsejara yo que uuiera a juntarse conmigo, porque fuera dar

(1) Sabido es que al morir D. Felipe el Hermoso, esposo de la reina católica doña Juana, se acordó que todas las órdenes se encabezarán: «Doña Juana y D. Carlos su hijo, reina y rey de Castilla y.....»

causa que el reyno se acabara de destruyr y el no estuuiera seguro porque estan tan yndinados contra el los pueblos y mas que contra el turco—el esta muy bien alla si es ydo porque verua con V. m.^t y pues el hizo lo que devia a v^{ro} seruicio y tiene su hazienda y vida en aventura, mucha razon es que V. m.^t le recoja y haga muy bien tratamiento y trabaje de ponelle bien con el reyno que es lo que mas ha menester, el dexo muy bien proveyda a Coca y Alaejos, en Coca quedo su hijo mayor, a Alaejos conuaten los de Medina con el artilleria de V. A.»

Se conservan las disposiciones testamentarias de este personaje en quien recayeron los señoríos. En él manda que se prosiga la obra de la iglesia de Santa María de Coca. Era al morir regidor de Toro, cargo que deja á su hijo D. Juan de Fonseca, así como sus bienes. Deja mandas á los pobres; que se vendan sus bienes muebles y se entregue el producto á su mayordomo, para que se pague lo que cueste el sepulcro mandado fabricar en Italia, y que se paguen 250 du-

cados que se deben por los paños de la iglesia de Palencia (1).

Este documento fué uno de los pocos que de alguna importancia se salvaron del incendio que destruyó el Archivo parroquial de Coca. Pero dejemos ya á don Antonio de Fonseca, cuyas aficiones artísticas le llevaron á encargar obras de arte á Berruguete, en su nombre y en el de los Reyes Católicos, y pasemos á visitar las otras sepulturas, no sin detenernos ante otra modesta lápida que se destaca del suelo de la iglesia, y es la que cubre los restos de D. Fernando de Fonseca, conde de Ayala, fallecido en 2 de Septiembre de 1676.

En este recinto, en que por todas partes ves las cinco estrellas de Fonseca, cabe recordar los versos de *Gratia Dei*, en su *Vergel de Nobles*:

«Cinco estrellas coloradas
 en campo todo amarillo
 son del cielo trasladadas

 por los nobles de Fonseca

(1) Martí y Monsó: *Estudios Históricos Artísticos*.

en virtud verde y rosueca
 á los buenos no se trueca
 ni su fuerte brazo peze
 ni la paz, ni menos guerra.»

Y los de Pedro González de Trasmiera, en su citado *Triunfo Raimundino*, en que va describiendo á casi todos los principales linajes que tomaron parte en los bandos de Salamanca, que dice de Alba y de su deudo Fonseca:

«El buen duque de Alba fué
 deste bando *Benitino*
 su casa, á santo *Agustino*
 cerca, *San Bartolomé*,
 pasóse á *Santo Thomé*,
 de quien se muestra y se llama
 y Constantinopla afama
 con la *Thomesina* fe.
 Fonseca, el de los bastones
 caballero mayorado
 que esta casa acrecentado
 de Vega y flor de Remones
 Salamanca en sus pendones,
 mu stre su sangre Real.

Yace, á la derecha del altar mayor, en espléndido nicho de mármol de más de dos metros de largo, y metro y medio de ancho, el obispo D. Juan, fundador de la iglesia. La mitrada figura del prelado, á

cuyas expensas se fabricaron todos los sepulcros, aparece en el sarcófago envuelto en su capa, y descansando su cabeza, ceñida de la mitra, en una almohada.

Las cinco estrellas de los Fonseca, con ángeles por tenantes y guirnaldas por adornos, embellecen el enterramiento, que lleva en uno de sus costados la fecha del 4 de Noviembre de 1524.

Este sepulcro, como los demás que se admiran en la iglesia de Santa María de Coca, son del Renacimiento italiano. Falta desgraciadamente el de D. Antonio de Fonseca, el que yace en el centro de la iglesia, y que Ordóñez labró en Carrara hasta su muerte, que lo dejó encargado á Pietro di Carona y Marco Bernardi.

El del obispo de Burgos, D. Juan, de que nos ocupamos ahora, y que está situado en el lado de la Epístola, labrólo é ideólo Ordóñez, y lo terminaron Giovanni de Tiesolo y Simone Mantorano.

Era este obispo de *genio vivo; pero era amigo de la verdad, recto, justo é imparcial en las sentencias, honesto en el vivir, piadoso y limosnero con los pobres; gastó*

una gran parte de sus rentas en obras de arte, y á él se debè la famosa puerta de la *Pellejería* de la Catedral de Burgos y

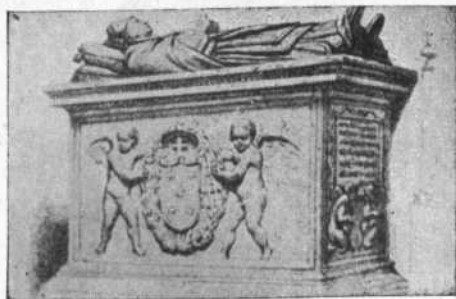


D. JUAN RODRÍGUEZ DE FONSECA (1)
(De fotografía tomada del tríptico que adorna el trascoro
en la catedral de Palencia.)

el filigranado trascoro de la Catedral de Palencia, en cuyo centro se ve el notable tríptico que trajo de Flandes cuando estuvo de embajador de D. Felipe el

(1) Su lema pre'acial es digno de conservarse. *Si dominus regit me nihil mihi deerit* (si el Señor me gobierna, nada me faltará).

Hermoso y doña Juana. Atribúyese al pintor flamenco Quintín Mezys (conocido en el mundo artístico por el herrador de Amberes), que retrató al prelado de rodillas ante la Virgen en el cuadro central



Sepulcro de D. Juan Rodríguez de Fonseca.

que representa la compasión de Nuestra Señora, debiéndose también á la munificencia de este obispo los magníficos tapices que adornan la sala capitular de la Catedral de Palencia y llevan en sus cuatro ángulos el conocido blasón de los Fonseca (1). En su sepulcro dice: «Aquí yace

(1) Son tan primorosos, que seguramente no existen otros que los superen. Pasa por ser su autor Juan de Gosaez, conocido por Balauji.

el rev y muy iltre Sr. D. Juan Rodriguez de Fonseca arzobispo que fué de Rosano y obispo de Burgos: falleció á IIII de Noviembre ano de M.D.XXIII.»

Frente á él, en el lado del Evangelio..... reposa el hermano de su padre, y obispo de Sevilla, D. Alonso; el que celebró los desposorios del rey Enrique IV con doña Juana de Portugal; el virrey de Valladolid, y el que se supone fundó por donación del rey citado, el mayorazgo de Coca y de Alaejos.

Era obispo de Avila cuando se unió con el marqués de Villena y D. Alvaro de Luna, para que unos con el rey D. Juan II y otros con el Príncipe, gobernarán el reino. Enemigos luego, no fué quizá extraño el prelado al castigo de D. Alvaro (1453); lo que sabido ó sospechado por el condestable, que hasta el final no pudo creer en su desdicha, díjole al pasar bajo la ventana en que estaba con el rey (1): «Por esta cruz, don obis-

(1) Otros dicen que fué al verle entrar en las casas de Pedro de Cartagena, en que estaba preso don Alvaro.

pillo que vos me lo pagueis». «Señor—, contestóle el prelado—, juro á Dios y á las órdenes que recibí, tan poco cargo os tengo en esto como el rey de Granada.»

En 1455 le hizo el rey su consejero y arzobispo de Sevilla, cabiéndole la honra de desposar á su señor con la infanta de Portugal.

Enemistado con Villena, y deseoso éste de ser consejero único del rey, hizo que nombraran á Fonseca virrey de Valladolid, donde enfermó de tal suerte, que le llevaron á su palacio de Coca en unas andas.

Sano ya, fué á visitar al monarca, que se encontraba en Madrid y que no le recibió.

Enemistado con el débil rey de Castilla Enrique IV, figuró entre sus contrarios favoreciendo los derechos del príncipe Alfonso, hermano del rey, en contra de los de la Beltraneja, y poco después, hallándose en Coca, como aún siguiera hondamente disgustado con su rey por haberle privado de sus consejos, cuando recibió la visita de éste, dicen las cróni-

cas que lo hizo *con muy poca honra é menos acatamiento.*

En la lápida de su enterramiento se lee:

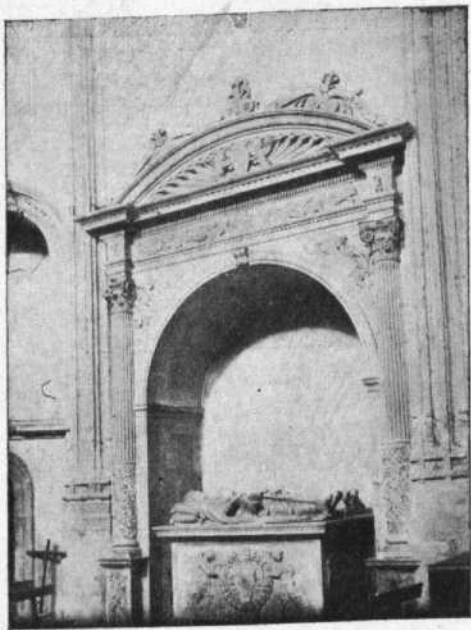
«Aquí yace el revmo y muy ilustre Señor D. Alonso de Fonseca, arzobispo que fué de Sevilla, señor de las villas de Coca y Alaejos, primer fundador de esta casa: falleció á XVIII de Mayo de M.C.CCC.LXXIII.»

Y para dar fin á este capítulo, que ya se va haciendo interminable, haré mención de los dos sepulcros que están en los extremos del crucero y llaman la atención por el irreprochable buen gusto y la finísima allí empleada.

Las columnas del sarcófago de la derecha son corintias; las del de la izquierda, romanas, luciendo coronas, ángeles y guirnaldas, y el de la derecha, medallones.

Débense uno y otro á la Sociedad de Autores Italianos que dirigía Ordóñez, el notable arquitecto burgalés, y según rezan las inscripciones.

En el de la izquierda:
«Aquí yace el honrado caballero Fer-



Enterramiento de D. Fernando de Fonseca y de su esposa
doña Teresa de Ayala.

nando de Fonseca, maestresala del rey
D. Enrique, y hermano del revmo se-

ñor Arzobispo de Sevilla, y padre de los Sres obispo de Burgos y Alonso y Antonio de Fonseca y la Sra D.^a Teresa de



Estatuas yacentes de D. Fernando de Fonseca y de su esposa doña Teresa de Ayala.

Ayala su segunda mujer, falleció á XI de Setiembre de M.C.C.C.C.LXIII» (1).

- (1)
- | | | | | |
|---------------------------------|--|--|--|----------------|
| Hermanos | { | Doña Beatriz casó con un nieto bastardo del rey de Castilla Pedro I. | | |
| | | D. Alonso, arzobispo de Sevilla. | | |
| | | { | { | |
| D. Fernan- do casó en.. | Primeras nupcias: con doña María de Avellaneda.. . | | | D. Alonso (*). |
| | | | | { |
| | | Segundas nupcias: con doña Teresa de Ayala. . . . | D. Juan, obispo de Burgos.
D. Antonio, embajador. | |

(*) En el año de 1505, según dice Sandoval en su *Historia*

Y en la del lado derecho:

«Aquí yace el muy magnífico Señor Alonso de Fonseca señor de las villas de Coca y Alaejos y la Sra D.^a María de



Estatuas del sepulcro de D. Alonso de Fonseca y de su madre doña María de Avellaneda.

Avellaneda su madre; falleció á XVII de Agosto de M.D.V. años.»

Este D. Hernando, maestresala del rey Enrique IV, murió en la batalla de Medina de un lanzazo que le dió el propio duque de Alburquerque, y de sus tres hijos, el mayor, D. Alonso, es el que asistió con sus gentes á la batalla que

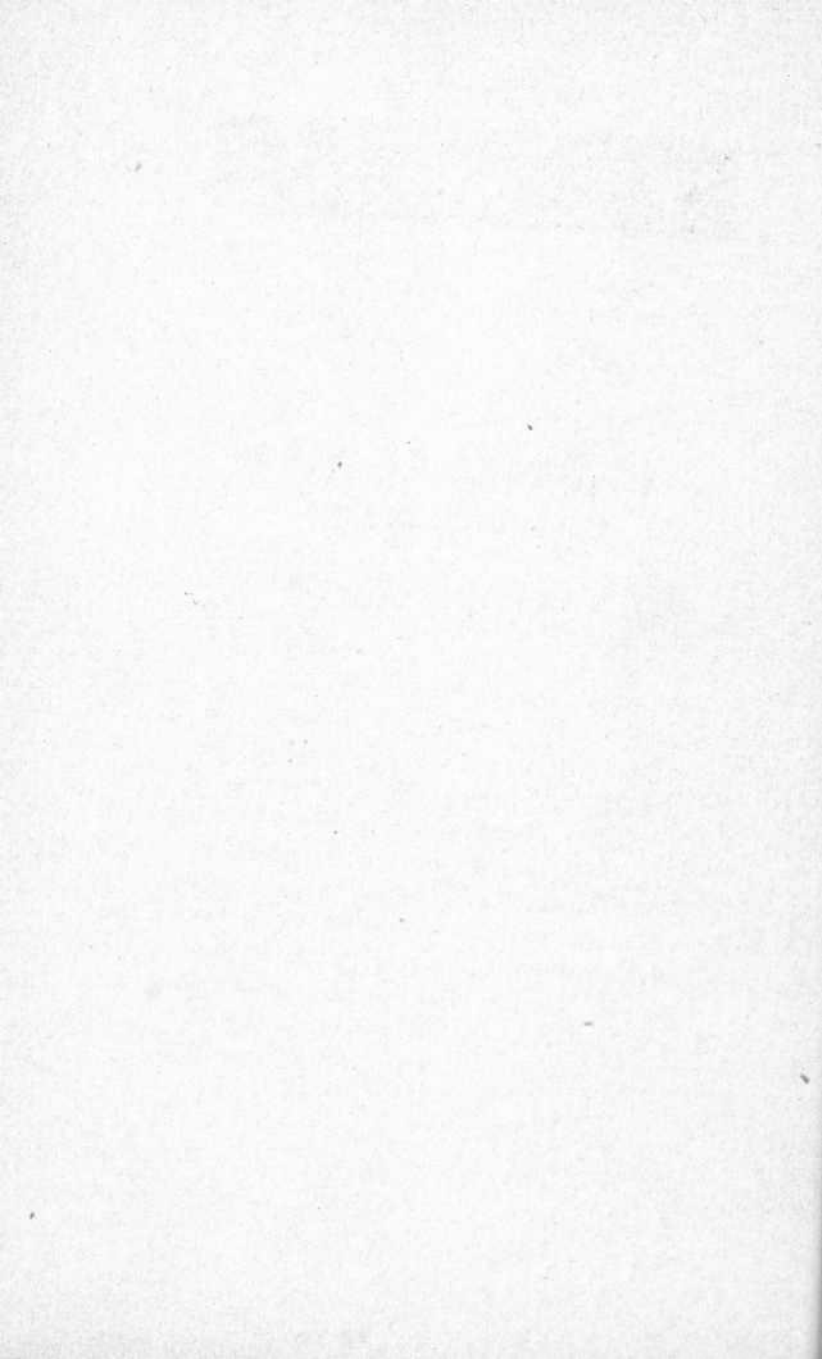
de Carlos V, murieron: D. Alonso de Fonseca, hijo de doña Beatriz Rodríguez de Fonseca y del Dr. Juan Alonso (éste pudo ser el segundo marido de doña Beatriz); y D. Alonso de Fonseca, obispo de Osmá y antes de Avila y Cuenca, que fué primo de D. Juan, D. Antonio y D. Alonso.

tuvo lugar entre Zamora y Toro y al cerco de Alcaraz.

Hijo de éste fué el capitán Fonseca, á quien la Reina Católica dió el castillo de Simancas (que le quitó al almirante por haber faltado á una orden suya, el hijo de éste, D. Fadrique), y que estaba casado con doña María de Toledo, hija ó sobrina del duque de Alba, D. García de Toledo.



**El Duque de Alba
y la fortaleza de Coca.**





III

El Duque de Alba y la fortaleza de Coca.

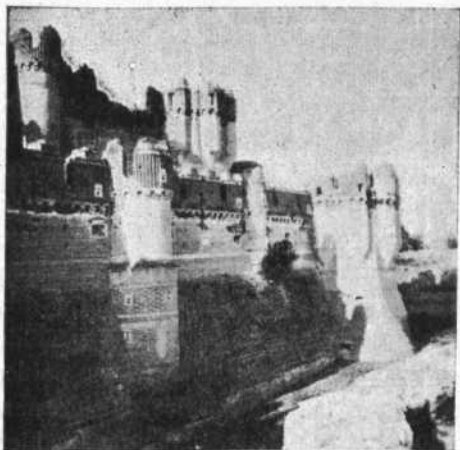
PERO donde la curiosidad se aviva y el ánimo se extasía—sobre todo si puede uno inspirarse en el espíritu de época que flota en el ambiente que le envuelve—, es ante los muros del castillo de Coca, que yace como buen caballero, con todo su aparato de guerrear, rendido sólo á la fatiga del aplastante peso de los siglos. Fáltanle las entrañas, lo que daba vida y alientos á esa gigante mole de ladrillo; carcomidas hoy sus interiores paredes; destrozadas sus elegantes habitaciones; desaparecidos los adornados patios; cegados los pozos, llenos en otros

tiempos de cristalinas y abundantes aguas; muertos ha largo tiempo sus últimos defensores.....; pero conserva enhiestas con su guerrero aspecto las almenas y cubos, la fuerte barbacana y la gallarda torre del homenaje, las esbeltas garitas y los profundos fosos.

Así se muestra aún la fortaleza de Coca, desafiando altiva á todo aquel que llegue en son de reto á sus murallas: allí queda completa la armadura que soportaron cuerpos de coloso, esperando ansiosa que la ciña á su hechura el único para ello autorizado: aquel que la heredó de sus mayores.....

Hoy, por los boquetes de los derrumbamientos, puede el fatigado caminante penetrar en los fosos y descansar á la fresca sombra de sus recias murallas; en lejanas épocas, por análogos boquetes, practicados á fuerza de heroísmo, entrarían los valientes sitiadores dispuestos á escalar aquellos muros, en cuyo alto almenado trabaríanse duelos á muerte y espantosas luchas entre aquellos fieros y duros combatientes, terminando sólo al

terminar la vida, arrancada por el supremo esfuerzo del más hábil ó del más resistente y valeroso..... ¡Un cuerpo que cayendo del adarve fuera á estrellarse en el



Una de las fachadas del castillo.

profundo foso y un crujido de huesos bajo el hierro de que estuviera cubierto, serían únicos avisos que entre rumores de la sorda lucha subirían para dar completa fe del triunfo al victorioso!

Todavía hoy, puede verse alguna que

otra mancha que de alto á bajo riela el murallón rojizo: la imaginación sólo ve en ellas restos de la sangre allí profusamente derramada en aquellos formidables y feroces sitios; y así las juzga como señales desvanecidas ya por el pasar del tiempo y la continua acción de un sol, cuyos ardientes rayos lucen en un hermoso cielo, sereno y despejado siempre.

A Oriente queda el único portón por donde se entra ahora, opuesto al que se abría al terminar un puente levadizo que apoyaba un extremo en macizo pilastrón medio caído, y llegaba con el otro á la muralla. A sus pies deslizábase humilde el arroyo Balisa, cuyas limpias y potables aguas iban á alimentar las del Eresma, unido ya al Voltoya, confluyentes bien cerca del castillo; y sobre esa puerta que al Oriente mira véense aún los matacanes que, con los otros medios de defensa, harían inaccesible aquella entrada.....

La nuestra fué triunfal. La curiosidad que inspiraba el duque de Alba á los habitantes de Coca, acostumbrados á oír siempre ese nombre como el de su natu-

ral señor (que aún lo era en tiempos bien cercanos); el saber que fué la iglesia construída por magnates de aquella rica casa y haber oído hablar de innumerables censos y derechos cedidos por los señores de la villa para fundar y sostener escuelas, refugios y hospitales en el pueblo, eran motivos más que suficientes, unidos al de no recordarse entre los más ancianos que hubiera visitado aquella villa ningún señor de la poderosa familia, para que todo el pueblo, haciendo día de fiesta el de nuestra visita, se pusiera en movimiento y engrosando la comitiva, que desde la iglesia se dirigía al castillo, llegara á sus puertas en número extraordinario. ¡Era el descendiente de los antiguos señores, rodeado de los descendientes también de sus antiguos vasallos! ¡Era el heredero de uno de los nombres más ilustres de Europa recibiendo homenaje de los herederos también de aquellos nombres modestos, pero imperecederos como el suyo por haberlos grabado con su propia sangre señalándose por buenos y leales en formidables y tremendas luchas!

El cura y el alcalde, que venían en primer término, cediéronnos al marqués de Nájera y á mí galantemente el paso, así que traspasó los umbrales de su castillo, el dueño, y una vez al otro lado de la puerta, abierta en la barbacana, cuyo espesor sorprende, vimos á nuestro compañero en el centro de una piña formada por todos los chicuelos de la villa (que nadie averiguó por dónde entraron), familiarizados ya con él, tanto por ser el amo de aquellos restos seculares, con cuyas leyendas les asustaban de pequeños y causaba su orgullo y el del pueblo, como por haber comprendido con su natural viveza que sólo él era el llamado á defenderlos cuando trataran de arrojarlos fuera, como intentó varias veces el alcalde.

De los huecos de las paredes se desprendieron algunos murciélagos, que, asustados del inusitado ruido, lanzáronse á mezclar sus torpes revuelos con los airosos giros y cambiantes que dibujaban en el aire los vencejos: ¡únicos habitantes, unos y otros, de aquellas hermosas ruinas, pasaban sobre nuestras cabezas

protestando acaso de la inesperada visita!

Y en aquella guisa, rodeados de todos los chicuelos, recorrimos la hermosa fortaleza desde los más profundos sótanos



Interior del castillo y torre del homenaje.

hasta el último pico de la gallarda torre del homenaje; y en ese recorrido, por algunos lugares bien difícil, pudimos apreciar el desmantelamiento interior, que no ha debido ser obra sola del tiempo.

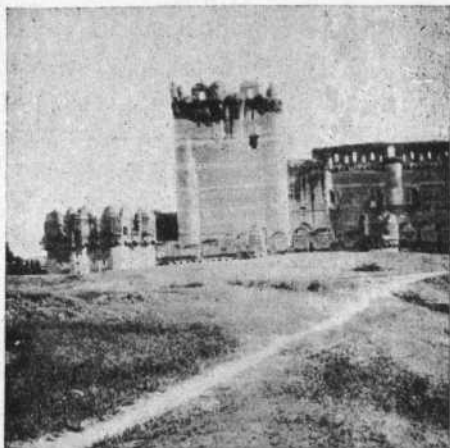
¿Qué se hicieron de aquellas suntuosas

dobles galerías de columnas de mármol que señalan antiguas descripciones de Coca como preciosas muestras del orden corintio y del compuesto? ¿Qué de los ventanales mudéjares con incrustaciones de azulejos, de los que sólo uno, ya en pedazos, arrojado al foso, quedó para darnos idea de su fina labor y su graciosa hechura?..... (1).

La torre del homenaje es de hermosísimas proporciones; muy bien conservada por fuera, ofrece tan admirable golpe de vista desde su azotea, que bien vale la molestia y trabajos que cuesta subir hasta ella, la hermosura del panorama que desde allí se abarca. S. A. la infanta doña Isabel, que se presentó una tarde en Coca acompañada de la marquesa viuda de Nájera (cuya amabilidad recordaron á su hijo los de la villa), llegó hasta lo más alto

(1) En la plaza de Olmedo existen columnas de mármol, vendidas á principios del siglo pasado por un administrador poco escrupuloso en 40 pesetas, y revendidas más tarde en 500. Hay también mármoles del palacio en el Museo de Valladolid y en varias casas particulares de Mojados.

de la torre, quedando tan sorprendidos y entusiasmados los de Coca de la decisión de la campechana y noble señora, que grabaron en una de las paredes del



Vista exterior y torre del homenaje.

último descanso, haciendo juego con la inscripción del lema *tanto monta*, que allí figura desde el siglo xv, la siguiente cuarteta, cuyos méritos literarios no alabo, pero que es perfectamente exacta:

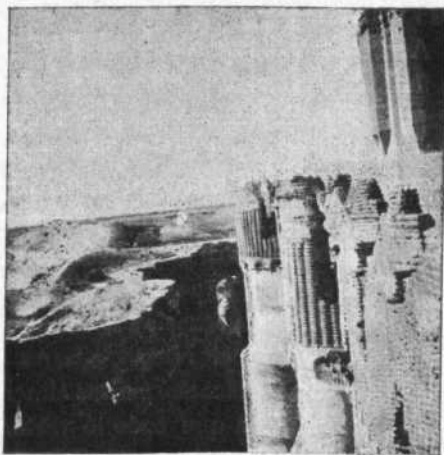
«Hasta la mayor altura
de esta torre de Babel,
con su proverbial bravura
subió la infanta Isabel.»

Ya en la azotea, dirige una mirada á la extensa y cultivada vega que riegan el Eresma y el Voltoya, cuyo cauce va señalando el sol al reflejarse en su escasa y tranquila corriente, y hacia el Norte fijate en la esbelta torre muzárabe que llaman San Nicolás, y está cercana y en una mole oscura allá á lo lejos, que esfuma la distancia y se destaca del arrebol del cielo en una loma. Aquél es el vetusto torreón de Iscar (1).

Pero nada ofrece tan maravilloso aspecto como la barbacana, conservada de de tal modo, que está acusando reciente compostura. Unense las paredes de esa

(1) En ocasión de pasar ante el torreón de Iscar el conde de Treviño reinando Enrique IV y marchando en su comitiva, pidióle permiso para atacar el torreón que pertenecía á los Zúñiga, donde tenía á su madre, D. Diego (secuestrada según unos, en calidad de manceba según las crónicas). Tomó el castillo en un supremo esfuerzo el conde de Treviño, y arrancó á su madre de aquel castillo, llevándola á otra fortaleza suya.

defensa, que cierra un cuadrilátero perfecto, por fortísimas torres en los ángulos, cuyos poligonales lados permiten que se adose á cada uno de ellos, una garita, po-



Castillo de Coca.—Un deta'le de la barbacana y del foso.

ligonal también en sus hechuras. En el centro del lienzo, entre las torres, fuerte cubo que arranca desde el foso da fuerza y resistencia á esa muralla, que lleva aún, entre éste y las dos torres que dije flanqueaban los extremos, garitas también,

pero cilíndricas, que, interrumpiendo ese anchuroso espacio, le dan airoso aspecto, pareciendo guardianes vigilantes que avanzan de los muros para poder escudriñar en noche oscura el amplio foso (1).

Arcos de matacanes corren por toda la fachada rodeando torres, cubos y garitas y sirviendo de apoyo á esbeltos prismas en que van á asentarse las almenas; iguales son las fachadas del castillo que asoman por detrás de esta muralla, y que en el ángulo que mira hacia el Nordeste, en vez de torres como en otros ángulos, luce en su colosal altura el homenaje y tan gallardo, con el mismo adorno de cubos, garitas, matacanes y altas almenas de la misma forma que todo lo restante del castillo, que sin verlo es difícil formarse idea exacta de tan rica labor y tanto gusto (2).

(1) El foso es tan ancho como profundo, fabricado también de ladrillo. En él se encuentran con frecuencia proyectiles de piedra.

(2) Se halla salpicado de troneras, en toda su extensión, que servían para dar paso á las bocas de las

Por dentro se recorre con amargura esa fortaleza, pisando por todas partes la alta yerba que cubre patios y fosos, y no sólo ha invadido los adarves, sino que va anidando en las paredes á pesar de la fiera resistencia que á ese nuevo enemigo ofrecen de continuo los ladrillos que juntos, apretados, formaron desde remota fecha las murallas.

Algunas reducidas habitaciones quedan bien conservadas en las torres que flanquean los recios paredones del castillo, probando por su escaso adorno, falta de luz y reducido espacio, que quizás sirvieran para depositar las armas, trasladar los heridos y descansar allí las gentes de pelea que, formando retén, estuvieran dispuestas á lanzarse á los adarves y rechazar con brío al enemigo, avistado por el guardián del homenaje.

Lo interior, lo lujoso, la vivienda del magnate, la parte de la señorial fortaleza

bombardas que en el siglo xvi se usaban. Una de ellas, fundida en 1517, se conserva en el Museo de Artillería.

mandada edificar por el más rico y poderoso prelado de su tiempo, para guardarse en ella, si era preciso, de la envidia de algunos y el capricho de un rey voluntarioso que le habitó en distintas ocasiones, había de corresponder á su esplendidez y á su grandeza, y no podemos menos de dolernos de la desaparición de esa hermosa mansión que armonizaba á creer las antiguas descripciones con las sólidas defensas ya descritas.

¡Pocos castillos ofrecen hoy á las miradas del curioso tan espléndido conjunto como el de Coca, y ninguno de su tiempo seguramente sorprende y atrae como el que nos ocupa, que así como se guardan con religioso cuidado filigranadas armaduras del siglo xv, que lucharon con fama en los combates, también debió conservarse esta reliquia que hábiles manos supieron fabricar hermanando robustez y fiereza de guerrero con la fina labor que le realza, sin que un solo detalle le afe mine!

No son, no, de conmiseración y de lástima las miradas que los preciados restos

del castillo inspiran.....; únense en ellas el respeto á su pasada grandeza; la admiración al arte allí profusamente desenvuelto y algo que sobrecoje y que sorprende: la inmensa mole ruinoso de ladrillo.....

Mas de repente, á los ecos de un grito que resonó dentro de sus paredes aclamando al duque de Alba lanzado por una voz varonil y repetido por todos los que allí se encontraban, aquellos restos parecieron recobrar el espíritu que desde tanto tiempo les faltaba; sus almenas parecía que iban á verse cubiertas de guerreros vestidos con los acuchillados trajes amarillos que usaron aquellos veteranos tercios, conducidos á la victoria siempre, por el primer general de aquellos tiempos, y que bajo su mando hiciéronse famosos conquistando el reino de Portugal para su patria y afianzando en Flandes el glorioso pendón morado de Castilla.

Sí; aquellas derrumbadas paredes debieron evocar á los vibrantes ecos de ese grito guerrero en loor del duque de Alba, tiempos mejores de mayor grandeza; quizás también se estreñecieran en sus

tumbas bajo los amplios fosos, los valientes defensores de aquella inexpugnable fortaleza al escuchar el nombre del caudillo que, envuelto en los laureles de sus triunfos, llevólos siempre en busca de la gloria.....

Salimos del castillo pensando en la rapidez con que desaparecen del noble solar español los monumentos históricos y legendarios que recuerdan grandezas de la vieja España. Cuando eso poco que va quedando de lo antiguo desaparezca, España no inspirará una sola mirada de curiosidad ni de respeto.....

A tiempo de subir al automóvil (que en tres horas nos volvió á dejar en el palacio de Liria), nuestro compañero dejó al alcalde una buena cantidad para los pobres de Coca, y cuando ya llevábamos recorrido un buen trecho del camino y nos detuvimos atraídos por la majestuosa decoración que formaban los vetustos restos del hermoso castillo, iluminados por los rayos casi horizontales de un sol que se apagaba envolviéndole en melancólicos tintes, aún llegaron hasta nosotros

como rumores lejanos, los vivos con que el pueblo despedía al descendiente de sus antiguos señores, al nieto del gran conquistador, al duque de Alba.

Astillero (Santander), Agosto, 1905.



